milagros que, con solo tocar sus vestiduras o el ángulo con que se ceñía, sanaba los enfermos. Lo cual como considerase atentamente su abad, y por otra parte no viese en aquel monje cosa especial que resplandeciese de santidad, llamóle aparte, y preguntóle que le dijese la causa de hacer Dios por él tantos milagros: él respondió que no lo sabia, porque yo, dice, no ayuno más que los demás, ni hago más disciplinas ni penitencias, ni tengo más tiempo de oración, ni trabajo, ni velo más. Lo que puedo decir de mí es, que ni las cosas prósperas me levantan, ni las adversas me desmayan; ninguna cosa que acontezca me turba ni inquieta. Con la misma paz y sosiego está mi alma en todos los sucesos por diversos que sean, ahora sean propios, ahora ajenos. Díjole el abad: ¿no os turbastes o inquietantes algo el otro día, cuando aquel caballero nuestro contrario pegó fuego a nuestra granja y la quemó? no, dice, ninguna turbación sentí en mi alma, porque todo lo tengo ya dejado en las manos de Dios, y así lo próspero como lo adverso, y lo poco como lo mucho, lo tomo por igual hacimiento de gracias, como venido de su mano. Y conoció entonces el abad que esta era la causa de aquella virtud de hacer milagros.

Blosio cuenta[96], que siendo preguntado de un teólogo cierto pobre mendigo de vida perfecta, cómo había alcanzado la perfección; respondió de esta manera: Determiné llegarme a sola la divina voluntad, con la

96 In append, ad institut. spiritual. c.3, in fine.

cual de tal suerte conformé la mía, que cuanto Dios quiere también lo quiero yo. Cuando el hambre me fatiga, cuando el frío me molesta, alabo a Dios. Ahora sea el aire sereno, ahora recio y tempestuoso, asimismo alabo a Dios. Cualquiera cosa que él me da o permite que me venga, ahora sea próspera , ahora adversa, ahora sea dulce, ahora amarga y desabrida, la recibo de su mano con grande alegría como cosa muy buena, resignándome todo en él con humildad. Jamás pude hallar descanso en cosa alguna que no fuese Dios. Y ya hallé a mi Dios, donde tengo descanso y paz eterna.

El mismo cuenta[97] de una santa virgen, que siendo preguntada cómo había alcanzado la perfección, respondió: Todos los trabajos y adversidades las tomé con gran conformidad, como venidas de la mano de Dios; y a cualquiera que me hacia alguna injuria o me daba alguna molestia, procuré recompensárselo haciéndole algún particular beneficio. A ninguno me quejé de mis trabajos, sino solamente acudí a Dios, del cual recibía luego esfuerzo y consuelo.

De otra virgen de gran santidad dice, que, preguntada con qué ejercicios había alcanzado tanta perfección, respondió con mucha humildad: Nunca tuve tantos dolores y trabajos, que no desease padecerlos mayores por amor de Dios, teniéndolos por dones grandes suyos, y juzgándome por indigna de ellos.

---

97 Ubi supr.

Cuenta Taulero[98], que a una sierva de Dios totalmente resignada en sus manos encomendaban diferentes personas que hiciese oración por algunos negocios: ella respondía que sí haría, y a veces se olvidaba; y todo cuanto le encargaban sucedía a pedir de boca: volvían a darle las gracias como si por su oración lo hubieran alcanzado, y ella se confundía, y decía que las diesen a Dios, que ella no había puesto nada de su parte. Vinieron de esta manera muchos: ella fuese a Dios a formar amorosa querella de él, porque todos los negocios que a ella le encomendaban los efectuaba de suerte, que a ella le viniesen a dar las gracias no habiendo ella hecho nada. Respondióle el Señor: Mira, hija, el día que tú me diste a mí tu voluntad, te di yo la mía; y aunque no me pidas nada particularmente, como yo entienda que gustas tú de ello, lo hago como tú quisieras.

En las vidas de los Padres se cuenta de un labrador, que siempre sus campos y viñas llevaban más abundantes frutos que las de los otros. Preguntado de sus vecinos, cómo era aquello, respondió que no se espantasen de tener él mejores frutos que ellos, porque tenia siempre los tiempos como él los quería. Y espantándose los otros más de esto, preguntáronle, que cómo podía ser aquello; respondió: Yo nunca quiero otro tiempo, sino el que Dios quiere: y como yo quiero lo que Dios quiere, dame él los frutos como yo los quiero.

98 Serm. I de Circumcis.

Del bienaventurado san Martín obispo cuenta Severo Sulpicio en su vida, que el tiempo que conversó con él, nunca le vio airado ni triste, sino siempre con mucha paz y alegría. Y la causa de esto, dice era porque todo cuanto le sucedía lo tomaba y recibía como cosa enviada de la mano de Dios, y así se conformaba en todo con su voluntad, con grande igualdad y alegría.

CAPITULO IX.

De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios.

Para que este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios se nos haga fácil y suave, es menester: lo primero, que tengamos siempre delante de los ojos aquel fundamento que pusimos al principio[99], que, ninguna adversidad ni trabajo nos puede venir ni acontecer que no pase por las manos de Dios, y venga colado y registrado por su voluntad. Esta verdad nos enseñó Cristo nuestro Señor, no solamente de palabra, sino también con su ejemplo. Cuando mandó a san Pedro la noche de su pasión, que envainase el cuchillo, añadió: «¿No quieres que beba el cáliz que me ha dado mi Padre[100]?» No dijo, el cáliz que me ha procurado Judas, o los escribas y fariseos, porque sabía

---

99 Cap. I y II.

100 Joan. XVIII, 11.

bien que todos esos no eran sino criados que le servían la copa del Padre, y que lo que ellos hacían con malicia y envidia, el Padre eterno con su infinita bondad y sabiduría lo ordenaba para remedio del género humano. Y así dijo también después a Pilato, que decía que tenia potestad de crucificarle y de librarle: «No tendrías tú potestad ninguna contra mí, si no te la hubiesen dado de arriba[101]»; declarando los Santos: De manera que todo vino de arriba por disposición y órden de Dios[102]».

Dijo esto maravillosamente el apóstol san Pedro en el capítulo IV de los Actos de los Apóstoles, declarando aquello del Profeta: «¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo[103]». Declara y dice: Porque verdaderamente se ligaron a una en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, al que ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y con los pueblos de Israel, para hacer lo que tu mano y tu consejo decretaron que se hiciese[104]». Juntáronse los príncipes y potestades de la tierra contra Cristo nuestro Redentor, para ejecutar y poner por obra lo que en el consistorio de la santísima Trinidad se había decreta-

101 Ibid, XIX, 11.
102 Chrys. hom. LXXXIII in Joan. - Cyril. lib. XII, c. 22 in Joan. - Irem. lib. IV contra hæ reses, cap. 34.
103 Psalm. II, 12.
104 Act. IV, 25, 28.

do y determinado, porque no podían ellos hacer más que eso: y así vemos que cuando Dios no quiso no fue bastante todo el poder del rey Herodes para quitarle la vida cuando niño. Y aunque hizo matar a todos los niños que había en aquella comarca, de dos años abajo, no pudo dar con el niño que buscaba, porque no quería él morir entonces. Y los judíos y fariseos muchas veces quisieron echar mano de Cristo y darle la muerte: una vez le llevaron a lo alto del monte, sobre que estaba edificada su ciudad, para despeñarle de allí abajo; y dice el sagrado Evangelio: «El íbase con mucha paz por medio de ellos[105];» porque no había escogido aquella manera de muerte, y así ellos no se la podían dar. Otra vez le quisieron apedrear, y tenían ya las manos levantadas en alto con sus piedras para tirarle, y pónese Cristo nuestro Redentor con mucha paz a razonar con ellos, y preguntarles[106]: Muchas buenas obras os he hecho, ¿por cuál de ellas me queréis apedrear?» no permitió ni les dio licencia que meneasen las manos: «Porque no era llegada su hora». Pero cuando llegó la hora en que él había determinado de morir, entonces pudieron hacer lo que el Señor había determinado padecer; porque quiso él, y les dio entonces licencia para ello. Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas», les dijo cuando le vinieron a prender[107]. Cada día estaba con vosotros en el templo

105 Luc. IV, 30.
106 Joan. X, 32.
107 Luc. XXII, 53.

y no me prendistes, porque no era llegada la hora; ya es llegada , y así véisme aquí, yo soy. ¿Qué hizo allá Saul que fue figura de esto? ¿qué diligencias y medios puso para haber a las manos a David, un rey de Israel, contra un hombre particular? Para buscar una pulga» como dijo el mismo David, y con todo eso nunca le pudo haber[108]. Nótalo muy bien la divina Escritura, y da esta razón: Porque no quiso Dios entregarle en sus manos». Ahí está todo el punto.

Y así nota muy bien san Cipriano[109] sobre aquellas palabras: Y no permitáis que nosotros caigamos en la tentación»; que todo nuestro temor y toda nuestra devoción y atención en las tentaciones y trabajos la habemos de poner en Dios; porque ni el demonio ni otro ninguno nos puede hacer mal alguno, si Dios primero no le da poder para ello.

Lo segundo, aunque esta verdad bien sentida es muy bastante y de grande eficacia para conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios, con todo eso no habemos de parar ahí , sino pasar adelante a otra cosa que se sigue de esa y la notan los Santos; y es que juntamente con venirnos todas las cosas de la mano de Dios, habemos de entender que vienen para nuestro bien y provecho. Las penas de los condenados de mano de Dios les vienen, empero no para provecho y remedio de ellos, sino para puro castigo; mas las penas y trabajos que en esta vida envía Dios a los hom-

---

108 I Reg. XXVI, 20

109 Serm. de Orat. dominica.

bres, ya sean, justos, ya, pecadores, siempre habemos de creer y confiar de aquella infinita bondad y misericordia que los envía para nuestro mayor bien, y porque aquello es lo que más conviene para nuestra salvación. Así lo dijo la santa Judit a su pueblo, cuando estaban en aquella aflicción y aprieto tan grande cercados de sus enemigos: «Creamos que nos ha enviado Dios estos trabajos, no para nuestra perdición, sino para enmienda y provecho nuestro[110]». De una voluntad tan buena como la de Dios y que tanto nos ama, bien ciertos y seguros podemos estar, que no quiere sino lo bueno y lo mejor, y lo que más nos conviene a nosotros. Lo cual adelante se declarará mas en los capítulos X y XXII.

Lo tercero, para que nos aprovechemos más de esta verdad, y este medio sea más eficaz para alcanzar una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, no nos habemos de contentar con entender especulativamente que todas las cosas vienen de la mano de Dios, ni con creerlo en general y a carga cerrada porque así nos lo dice la fe, o porque así lo habemos leído u oído; sino es menester que actuemos y avivemos esta fe, procurando de entender y sentir esto prácticamente, de manera que vengamos a tomar todas las cosas que nos suceden, como si sensible y visiblemente viésemos a Cristo nuestro Señor que nos está diciendo: Toma, hijo, esto te envio, mi voluntad es que hagas o padezcas

110 Judith, VIII, 27

ahora esto y esto; porque de esa manera se nos hará muy fácil y muy suave el conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios. Porque si se os apareciera el mismo Jesucristo en persona y os dijera: Mira, hijo, que esto es lo que quiero de tí, este trabajo o enfermedad quiero que padezcas ahora por mí; en este oficio o ministerio quiero que me sirvas; claro está que aunque fuese la cosa más dificultosa del mundo, la haríais de muy buena voluntad todos los días de vuestra vida, y os tendríais por muy dichoso de que Dios se quisiese servir de vos en aquello; y por mandaroslo él entenderíais que aquello era lo mejor y lo que más convenía para vuestra salvación, y no dudaríais de eso, ni os vendría primer movimiento contra ello. Lo cuarto, es menester que en la oración nos ejercitemos y actuemos mucho en este ejercicio, cavando y ahondando en aquella riquísima mina de la providencia tan paternal y tan particular que tiene Dios de nosotros; porque de esa manera darémos con este tesoro. Lo cual iremos declarando en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO X.

De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza filial que habemos de tener nosotros en él.

Una de las mayores riquezas y tesoros de que gozamos los que tenemos fe, es la providencia tan particular y tan paternal que Dios tiene de nosotros, que estamos ciertos que no nos puede venir ni acontecer cosa alguna, que no venga colada y registrada por las manos de Dios. Y así decía el profeta David: «Habeisnos, Señor cercado y guardado con vuestra buena voluntad, como con un escudo fuertísimo[111]». Estamos rodeados por todas partes de la buena voluntad de Dios, que no nos puede entrar ninguna cosa sino por ella; y así no hay que temer, porque no dejará él entrar ni pasar a nosotros cosa alguna, si no es para mayor bien y provecho nuestro. Porque me escondió en su tabernáculo: en el día de los males me puso a cubierto en lo escondido de su tabernáculo[112]». Dice el real Profeta: En lo mas secreto de su tabernáculo y de su recámara nos tiene Dios escondidos: debajo de sus alas nos tiene guardados; y mas que eso dice: Escóndenos el Señor en lo más escondido y amparado de su rostro[113]», que son los ojos; en las niñetas de

111 Psalm. V, 13.
112 Ibid, XXVI, 5.
113 Ibid. XXX, 21.

ellos nos esconde. Y así dice otra letra: «En los ojos de tu rostro». Hácenos Dios niñas de sus ojos, para que así se verifique bien lo que dice en otra parte: «Guárdame como la niña de tu ojo[114]». «El que os tocare, me tocará en la niña de mi ojo[115]». Como las niñetas de los ojos, así estamos guardados debajo de su amparo y protección; y quien tocare a vosotros, dice Dios, me toca a mi en la lumbre de los ojos. No se puede imaginar cosa más rica, ni más preciosa, ni más para estimar y desear que esta.

¡Oh si acabásemos de conocer y entender bien esto! ¡Cuán amparados remediados nos sentiríamos y cuán confiados y consolados estaríamos en todas nuestras necesidades y trabajos! Si acá un hijo tuviese un padre muy rico y poderoso, y muy privado y favorecido del rey, ¡qué confiado y seguro estaría en todos los negocios que se le ofreciesen, que no le faltaría el favor y amparo de su padre! Pues ¡con cuánta mayor razón habemos nosotros de tener esta confianza y seguridad considerando que tenemos por padre a aquel, en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, y que no nos puede acontecer cosa alguna sin que primero pase por su mano!. Si esta manera de confianza tiene un hijo con su padre y con ella duerme seguro, ¿cuánto más la debemos nosotros tener en aquel que es más padre que todos los padres, y que en su comparación no merecen los otros nombre de padres? Porque no hay

114 Psalm. XVI, 8. 115 Zach. II, 8.

entrañas de amor que se puedan comparar a las que Dios tiene con nosotros. Sobrepuja infinitamente todos los amores que pueden tener todos los padres de la tierra. De tal Padre y Señor bien confiados y seguros podemos estar, que todo lo que nos enviare será para nuestro mayor bien y provecho. Porque el amor que nos tiene en su unigénito Hijo, no le dejará hacer otra cosa, sino buscar el bien de aquel por cuyo amor entregó a su Hijo a dolores de cruz. Dice el apóstol san Pablo[116]: «El que nos dio a su unigénito Hijo y le entregó a muerte por nosotros, ¿qué no hará por nosotros? El que nos ha dado lo más, ¿cómo nonos dará lo llenos?» Y si todos deben tener esta confianza en Dios, ¿cuánto más los religiosos, a quien él particularmente ha recibido por suyos y les ha dado espíritu y corazón de hijos, y hecho que nieguen y dejen a sus padres carnales y que tomen a él Por padre? ¿Qué corazón y amor de padre y qué cuidado y providencia tendrá Dios con estos tales? ¿Porque mi padre y mi madre me dejaron, más el Señor me tomó por su cuenta[117]». ¡Oh qué buen padre habéis tomado, en lugar del que dejastes! Con más razón y con mayor confianza podéis vos decir: «Dios se ha encargado y tomado cuidado de mí y de todas mis cosas, no me faltará nada[118]». «Yo soy mendigo y pobre: Dios anda solícito y cuidadoso de mi[119]». ¿Quién no se consolará con esto, y se derretirá en amor de Dios? Que

116 Rom. VIII, 32.
117 Psalm. XXVI, 10.
118 Ibid. XXII, 1
119 Ibib. XXXIX, 18

estais Vos Señor encargado de mí y tenéis tanto cuidado de mí, como si en el cielo y en la tierra no tuviérais otra criatura que gobernar, sino a mí solo. ¡Oh si cavásemos y ahondásemos bien en este amor y providencia y protección tan paternal y tan particular que tiene Dios de nosotros!

De aquí nace en los verdaderos siervos de Dios una muy familiar y filial confianza en él, la cual en algunos es tan grande, que no hay hijo en el mundo que esté en todas sus cosas tan confiado en la producción de su padre cuanto ellos lo están en la de Dios. Porque saben que tiene para con ellos entrañas más que de padre y más que de madre, que suelen ser más tiernas, como lo dice él por Isaías[120]. ¿Qué madre hay, que se olvide de su hijo chiquito, y que no tenga corazón para apiadarse del que salió de sus entrañas? Pues si fuere posible que haya alguna madre en quien pueda caber este olvido, en mi, dice el Señor, nunca jamás cabrá, porque en mis manos te tengo escrito y tus muros están siempre delante de mí». Como si dijera: tráigote en las palmas y téngote siempre delante de mis ojos, para ampararte y defenderte. Y por el mismo Profeta nos declara esto con otra comparación muy regalada: «Yo os llevo en mi seno y traigo en mi matriz[121]». Así como la mujer que ha concebido trae el niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve de casa de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas, de esa manera dice Dios que nos trae

120 C. XLIX, 15.

121 Cap. XLVI, 3.

en sus entrañas. Con esto viven los siervos de Dios tan confiados y se tienen por tan socorridos y remediados en todas sus cosas, que no se turban ni inquietan con los varios acaecimientos de esta vida, «y en el tiempo de la sequedad no estará congojoso[122]». El corazón de los justos, dice el profeta Jeremías, no tiene zozobra ni pierde su quietud y sosiego por los diversos sucesos y acaecimientos, porque saben que ninguna cosa puede acontecer sin voluntad de su Padre, y están muy satisfechos y confiados de su grande amor y bondad, que todo será para mayor bien suyo, y que todo lo que les quitare por una parte, se lo volverá por otra en cosa que más valga.

De esta confianza tan familiar y tan de hijos, que los justos tienen en Dios, nace en su alma la paz, tranquilidad y seguridad grande que tienen, conforme aquello de Isaías, en el c. XXXII: Reposarán sus hijos en una hermosísima paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso muy cumplido y muy abastado de todos los bienes». Donde juntó muy bien el Profeta la paz con la confianza; porque de lo uno se sigue lo otro. De la confianza se sigue la paz; porque quien está muy confiado en Dios no tiene que temer, ni que turbarse, pues tiene a Dios por valedor. Y así decía el Profeta[123]: «En paz juntamente dormiré y descansaré, porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia».

---

122 Jerem. XVII, 8.

123 Psalm. IV, 9.

Y mas: no solo causa grande paz esta confianza filial, sino grande gozo y alegría. «El Dios de la esperanza, dice el apóstol san Pablo, os colme de todo gozo y de paz en el creer, para que abundeis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo[124]». Aquel crédito que Dios sabe lo que hace y que lo hace por nuestro bien, hace no sentir aquellos alborotos y aquellas congojas y desasosiegos que sienten los que miran las cosas con ojos de carne, sino antes estar con mucho gozo y alegría en todos los acaecimientos. Y mientras más abundare uno en esta confianza, más abundará en gozo y alegría espiritual, por que mientras más se fia y ama, más quieto y seguro está de que todo se le ha de convertir en bien, y no puede creer ni esperar menos de aquella bondad y amor infinito de Dios.

Esto hacia a los Santos estar tan quietos y seguros en medio de los trabajos y peligros, que ni temían a los hombres, ni a los demonios, ni a las bestias, ni a las demás criaturas irracionales; porque sabían que sin licencia y voluntad de Dios no podían tocar a ellos. Y así cuenta san Atanasio del bienaventurado san Antonio, que le aparecieron una vez los demonios en diversas formas espantables y en figura de fieros animales, de leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silbos temerosos, que parece que le querían ya tragar; y el Santo hacia burla de ellos y

124 Rom. XV, 13

decíales: Si tuvieseis algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre; mas porque sois flacos, que Dios os ¡ha quitado las fuerzas, procuráis de juntaros mucha canalla para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, véisme aquí, tragadme: mas si no tenéis poder y licencia de Dios, ¿para qué trabajáis en balde? Donde se ve bien la paz y fortaleza grande que causaba en este Santo el entender que ninguna cosa le podían hacer sin la voluntad de Dios; y el estar él tan conforme con ella. De esto tenemos muchos ejemplos en las historias eclesiásticas. San Gregorio en el libro tercero de sus Diálogos, c. 16, nos refiere un ejemplo muy parecido a este. De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos un ejemplo semejante, en el libro quinto de su vida. Y en el segundo libro se cuenta de él, que navegando una vez para Roma se levantó una tan recia tempestad, que quebrado el mástil con la fuerza del viento y perdidas muchas jarcias, todos temían y se preparaban para morir pareciéndoles ser ya llegada su hora. Y en este trance tan peligroso, cuando todos estaban con el espanto de la muerte atemorizados, dice que él no sentía en sí temor alguno. Solo le daba pena el parecerle que no había servido a Dios tanto como debiera; empero en lo demás no hallaba que temer: porque la mar y los vientos también obedecen a Dios[125]», y sin licencia y voluntad suya no se levantan

125 Matth. VIII, 27.

las olas ni las tempestades, ni pueden anegar a nadie. Pues a esta familiar y filial confianza en Dios, y a esta tranquilidad y seguridad habemos nosotros de procurar llegar con la gracia del Señor, mediante, este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, cavando y ahondando con la oración y consideración en esta riquísima mina de la providencia tan paternal y tan particular que Dios tiene de nosotros. Estoy cierto que ninguna cosa me puede acontecer, y que ninguna cosa me pueden hacer ni los hombres, ni los demonios, ni criatura alguna más de lo que Dios quisiere y les diére licencia; pues eso hágase en mí en buen hora, que yo no lo rehuso, ni quiero otra cosa sino la voluntad de Dios.

De santa Gertrudis, leemos en Blósio, c. 11 Monil. spirit., que jamás le pudieron oscurecer la constancia y segura confianza que tenía en la benignísima misericordia de Dios, ningún peligro, ni tribulación, ni la pérdida de sus cosas, ni otros impedimentos, ni aun los pecados y, defectos propios; porque confiaba certísimamente que todas las cosas así prósperas como adversas, la divina Providencia las convertía en su bien y una vez le dijo el Señor a esta santa virgen: Aquella segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé y quiero fielmente ayudarle en todas las cosas, me atraviesa el corazón, y hace tanta fuerza a mi piedad, que a semejante hombre, en cierta manera, ni le puedo favorecer por el contento que recibo en verle colgado de mí y por aumentarle el

merecimiento; ni dejarle de favorecer por acudir a quien yo soy y a lo mucho que le quiero. Habla a nuestro modo, como que el amor le suspende.

De santa Matilde se cuenta que le dijo el Señor[126]: Mucho contento me da que los hombres confíen de mi bondad y presuman de mí, porque cualquiera que humildemente estuviére muy confiado y se fiáre bien de mí, yo le favoreceré en esta vida, y en la otra le haré más bien que él merece. Cuanto uno mas fiáre y presumiére de mi bondad, tanto mas alcanzará; porque es imposible que el hombre no alcance lo que santamente creyó y esperó que alcanzaría habiéndolo yo prometido. Y por esta razón le es provechoso al hombre, que esperando de mí cosas grandes se fíe bien de mi. Y a la misma Matilde que preguntó al Señor qué era lo que principalmente era razón que se creyese de su inefable bondad, le respondió: Cree con fe cierta que yo te recibiré después de tu muerte, como el padre recibe a su muy querido hijo; y que jamás hubo padre que con tanta fidelidad repartiese su hacienda con su único hijo, como yo comunicaré contigo todos mis bienes y a mí mismo. Cualquiera que firmemente y con caridad humilde creyere esto de mi bondad, será bienaventurado.

126 Apud. Blos., ibid.

CAPÍTULO XI.

De algunos lugares y ejemplos de la sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y filial confianza en Dios.

Cuanto a lo primero, será bien que veamos la grande costumbre que tenían aquellos Padres antiguos de atribuir a Dios todos los sucesos, por cualquiera vía o medio que viniesen. En el capítulo XLII del Génesis cuenta la sagrada Escritura, que viniendo los hermanos de José con trigo comprado de Egipto, como él hubiese mandado a su mayordomo que en la boca del costal de cada uno pusiese atado el dinero del trigo como ellos lo habían traído: yendo su camino pararon en un mesón, y queriendo dar de comer del trigo que traían a sus bestias, el primero de ellos abriendo su costal vio luego su bolsillo con el dinero, y díjolo a los otros, y acudiendo cada uno a su costal hallan allí su dinero. «Dice, pues, que dijeron turbados entre sí: ¿Qué será esto que ha hecho Dios con nosotros?» Es mucho de notar que no dicen: trampa es esta que nos han armado; alguna calumnia hay, aquí. Ni dijeron: el mayordomo por descuido se dejó el dinero de cada uno en su costal. Ni dicen: quizá nos quiso hacer limosna del dinero. Sino atribuyéndolo a Dios dicen: ¿qué quiere ser esto que ha hecho Dios con nosotros? Confesando, que pues no se mueve la hoja del árbol sin voluntad de Dios, que tampoco aquello sucedía

sino por su voluntad. Y cuando habiendo ido Jacob a Egipto le fue José a visitar con sus hijos, y le preguntó el viejo qué niños eran aquellos, respondió: «Hijos míos son que Dios me ha dado en esta tierra de Egipto[127]». Lo mismo respondió Jacob cuando se encontró con su hermano Esaú y le preguntó qué niños eran aquellos que trata, respondió : Hijos son que me dio el Señor[128]». Y ofreciéndole cierto presente le dijo: «Recibe la bendición que te he traído, y que Dios que da todas las cosas me ha dispensado[129]». Recibe este presente y llámale bendición de Dios, cuyo bendecir es bien hacer. La cual, dice, me hizo Dios a mí, que es el que da todas las cosas a todos. También cuando David iba muy enojado a destruir la casa de Nabal y Abigail su mujer le salió al encuentro con un presente para aplacarle, dijo David: «Bendito sea el Señor Dios de Israel que te envió hoy, para que topándome no pasase adelante a derramar la sangre de la casa de Nabal[130]»; como quien dice: no veniste de tuyo, sino Dios te envió para que yo no pecase; a él debo yo esta merced, él sea loado por ello. Este era el lenguaje común de aquellos Santos, y debía también ser nuestro.

Pero viniendo más al punto es maravillosa para este propósito aquella historia del santo José, que habemos tocado, al cual sus hermanos de envidia porque no viniese a mandarles y ser señor de ellos, conforme a,

---

127 Genes. XLVIII, 9
128 Ibid. XXXIII, 5.
129 Ibid. 11.
130 I Reg. XXV, 32

lo que había soñado, le vendieron por esclavo a unos mercaderes de Egipto; y ese mismo medio que ellos tomaron para deshacerle, y que no les viniese a mandar, tomó Dios para cumplir las trazas de su divina providencia, y hacer que viniese a ser señor de ellos, y de toda la tierra de Egipto. Y así dijo el mismo José a sus hermanos, cuando se les descubrió, y ellos quedaron espantados y asombrados del caso: «No queráis temer, ni os espantéis, por haberme vendido para estas partes; porque para vuestro bien me envió Dios acá, para que tengáis que comer, y no perezca y se acabe el pueblo de Israel[131]». «Dios, dice, me envió, que no hizo eso por vuestro consejo, trazas fueron esas de Dios. ¿Por ventura podemos resistir a la voluntad de Dios? Vosotros pensásteis por esos medios hacerme mal, pero Dios lo convirtió todo en bien, como al presente veis[132]». Pues, ¿quién con esto no se fiará de Dios? ¿Quién temerá las trazas de los hombres y los reveses del mundo, pues vemos que son aciertos de Dios, y que los medios que ellos toman para perseguir y hacernos mal, esos mismos toma él para nuestro bien y acrecentamiento? Mi consejo subsistirá y toda mi voluntad será hecha[133]», dice él por Isaías: andad por, acá y por allá, que al fin se ha de cumplir la voluntad de Dios, y él enderezará esos medios para eso.

---

131 Genes, XLV, 5.
132 Ibid. L, 19.
133 Isai. XLVI, 10.

San Crisóstomo pondera otra particularidad en esta historia a este propósito. Tratando cómo el copero de Faraón, después que fue restituido en su oficio, se olvidó de su intérprete José por dos años enteros, habiéndole él encargado tanto que se acordase de él, y que intercediese por él delante de Faraón; ¿pensáis, dice el Santo, que fue acaso este olvido? Que no fue acaso, sino acuerdo y traza de Dios, que quería aguardar el tiempo oportuno y la coyuntura para sacar de la cárcel a José con mayor gloria y honra. Porque si se acordara de él, por ventura con su autoridad le librara luego de la cárcel a la sorda, como dicen, sin que fuera oído ni visto; Y como Dios nuestro Señor pretendía que no saliese de esa manera sino con grande honra y autoridad, pero el otro se olvidase por dos años, para que así se llegase el tiempo de los sueños de Faraón, y entonces a instancia del Rey, compelido de la necesidad, saliese con la majestad y gloria que salió, para ser señor de toda la tierra de Egipto. Sabe Dios muy bien, dice san Crisóstomo como sapientísimo artífice, cuánto tiempo ha de estar el oro en el fuego, y cuándo se ha de sacar de él.

En el primer libro de los Reyes[134] tenemos otra historia, en que resplandece mucho la providencia de Dios en cosas muy particulares y menudas. Había Dios dicho al profeta Samuel, que él le señalaría quien había de ser rey de Israel, para que le ungiese, y dícele:

---

134 Cap. IX, 16.

Mañana a estas horas te enviaré al que has de ungir por rey», que era Saul, y la manera como se le envió fue esta: pierdense las pollinas de su padre, y dícele el padre que las vaya a buscar. Toma consigo Saul un zagal, y van por esos campos y cerros, y no pudieron descubrir ni hallar rastro de ellas, y quería ya Saul volverse, porque le parecía que se tardaban mucho, y que tendría su padre pena por ellos. Dícele el mozuelo: no habemos de volver a casa sin ellas: aquí en este pueblo está un varón de Dios, que era el profeta Samuel, vamos allá, que él nos dirá de ellas. Con esta ocasión van a Samuel, y cuando llegaron, dícele Dios: «Ese es el que te dije que te enviaría, a ese has, de ungir por rey». ¡Oh juicios secretos de Dios! enviábale su padre a buscar las pollinas; empero Dios envíale a Samuel, para que fuese ungido por rey. ¡Cuán diferentes son las trazas de los hombres dé las trazas de Dios! ¡Qué lejos estaba Saul su padre también de pensar que iba a ser ungido por rey ! ¡Oh cuán lejos estais vos muchas veces nuestro padre, y vuestro superior de lo que Dios pretende! De lo que vos menos pensáis, de ahí saca Dios lo que él quiere. Que no se perdieron las pollinas sin la voluntad de Dios, ni fue acaso enviar su padre por ellas a Saul, ni fue acaso el no poderlas hallar, ni el consejo que dio el mozuelo, de que fuesen a consultar sobre ellas al Profeta; sino todo eso fue órden y traza de Dios que tomó esos medios para enviar a Saul a Samuel para que le ungiese por rey, como él se lo había dicho. Pensaba vuestro padre

que os enviaba a estudiar a Sevilla, o a Salamanca, para que fuéseis gran letrado, y viniéseis después a tener alguna plaza con que viviéseis honradamente, y no fue sino que os envió Dios allá para recibiros en su casa, y haceros religioso. Pensaba san Agustín, cuando fue de Roma a Milán, y el Prefecto de la ciudad Símaco, que le enviaba, que iba a leer retórica, y no era sino que le enviaba Dios a san Ambrosio para que le convirtiese.

Pongámonos a considerar las vocaciones diversas y los medios tan particulares y tan menudos, y al parecer tan remotos, por donde Dios trajo a la religión al uno y al otro, que cierto pone admiración. Porque parece que si no fuera por no sé qué cosilla, o por no sé qué niñería que sucedió, que no fuérais religioso, y fueron todas esas trazas e invenciones de Dios, para traeros a la religión. Y nótese esto de camino para algunos, que les suele venir algunas veces tentación, que su vocación no debió ser de Dios, por haber sido por medio de semejantes cosillas. Engaño es ese del demonio vuestro enemigo, envidioso del estado que tenéis; porque costumbre es de Dios servirse de esos medios para el fin que él pretende de su mayor gloria, y de vuestro mayor bien y provecho, y tenemos muchos ejemplos de eso en las vidas de los Santos. Que no lo hacia Dios por las pollinas: «¿Acaso tiene Dios cuidado de los bueyes[135]?» sino quiere que por esos

135 I Cor. IX, 9.

medios vengáis a reinar, como Saul. Sevire Deo regnare est: servir a Dios es reinar.

Cuando después el profeta Samuel fue de parte de Dios a reprender a Saul por aquella desobediencia que había cometido en no destruir a Amalec, como Dios le había mandado: después de haberle reprendido, volviendo las espaldas Samuel para irse, Saul asióle del manto, para que no se fuese, sino que le valiese con Dios. Y dice el texto[136], que se quedó el pedazo del manto de Samuel a Saul en la mano, rompió ¿Quién pensara sino que aquel rasgarse y dividirse el manto del Profeta sucedía acaso; porque tiró de él Saul, y debía de ser viejo, rasgóse? y no sucedía sino por particular providencia y disposición de Dios, para dar a entender que aquello significaba que Saul era apartado y privado del reino por su pecado. Y así viendo Samuel este hecho, dijo a Saul: «Por esta división de mi manto entiende que el Señor apartó y dividió hoy el reino de Israel de tí, y le entregó a tu prójimo que es mejor que tú».

En el mismo primer libro de los Reyes se cuenta, que tenía una vez Saul cercado a David y a los suyos: En forma de corona[137]». De tal manera que ya David desconfiaba de poderse escapar de aquella. Estando en este aprieto, le envió un correo a Saul muy deprisa, que los filisteos se habían entrado la tierra adentro, y lo robaban y destruían todo. Hubo de alzar el cerco Saul, y acudir a

---

136 I Reg. XV, 27.

137 Ibid. XXIII, 16.

la mayor necesidad, y así se escapó David: que no fue acaso el acometimiento y entrada de los filisteos, sino traza de Dios para librar por aquel medio a David.

Otra vez los saltrapas de los filisteos echaron a David de su ejército, e hicieron que el rey Áquis le mandase volver a su casa, aunque le llevaba él de muy buena gana consigo, e iba muy confiado en él: Pero no eres del gusto de los saltrapas. Parece que fue acaso aquel consejo de los sáltrapas y no fue acaso ni por el fin que ellos pensaban, sino fue particular providencia de Dios; porque volviéndose David, halló que los amalequitas habían puesto fuego a Siceleg su pueblo, y que habían llevado cautivas todas las mujeres y niños: Desde el menor hasta el mayor, y a sus mismas mujeres de David, y va tras ellos, destrúyelos, y cobra toda la presa y cautivos sin faltar ninguno: lo cual no hiciera si los sáltrapas no le hubieran echado de su ejército. Y para eso ordenó Dios aquel consejo, aunque ellos le ordenaban otra cosa.

En la historia de Ester resplandece también mucho esta providencia particular de Dios en cosas muy menudas y particulares. ¡Qué medios tan extraños tomó Dios para librar el pueblo de los judíos de la sentencia cruel del rey Asuero!. ¿Por qué medios escogió por reina a Ester, desechando a Vasti, y que fuese del pueblo de los judíos para que intercediese después por ellos? Acaso parece que fue el entender Mardoqueo la traición que los otros armaban al rey Asuero, y el venírsela a descubrir, y que el Rey estuviese desvelado aquella

noche y no pudiese dormir, y que hiciese que le trajesen las crónicas de sus tiempos para entretenerse, y que le acertasen a leer aquel hecho de Mardoqueo. Y no sucedía nada de eso acaso sino por alto consejo de Dios y por especial providencia suya, que quería por esos medios librar a su pueblo. Y así se lo envió a decir Mardoqueo a Ester, que no se atrevía a entrar a hablar al Rey y se excusaba por no ser llamada. «¿Quién sabe si fue esa la causa de haberte hecho reina, para que pudieses ayudar en esta ocasión [138]?».

Llena está la sagrada Escritura y las historias eclesiásticas de semejantes ejemplos, para que aprendamos a atribuir todos los sucesos a Dios, y a tomarlos como venidos de su mano para nuestro mayor bien y provecho. En el libro de las recogniciones de San Clemente se cuenta una cosa notable a este propósito. Siendo Simón Mago perseguidor de san Pedro, san Bernabé había convertido en Roma a san Clemente, el cual fue a san Pedro, cuéntale su conversión pídele que le instruya en las cosas de la fe. Dícele san Pedro: A buena coyuntura has llegado, porque para mañana está aplazada disputa pública entre mí y Simón Mago: allí nos verás, y oirás lo que pides. Estando en esto entran dos discípulos, y dicen a san Pedro como Simón Mago los enviaba, que se le había ofrecido un negocio, que se dilatase la disputa para de ahí a tres días: dijo san Pedro que fuese así. En saliendo entristecióse

138 Esther, IV, 14.

san Clemente mucho, y como le vio san Pedro triste, preguntóle: ¿qué has hijo, que te veo triste? Respondió san Clemente: Hagoos saber, Padre, que me entristecí mucho por ver que se difería la disputa que yo quisiera que fuera mañana. Es cosa muy de notar, en una cosa de tan poco peso toma san Pedro la mano y hace un sermón grande. Mira, hijo, entre los gentiles, cuando no se hacen las cosas como ellos quieren, levantase gran turbación; pero nosotros que sabemos que Dios lo guía y gobierna todo, habemos de tener gran consolación y paz. Sabed hijo, que ha sido por vuestro mayor bien esto que ha sucedido; porque si ahora fuera la disputa no la entendiérais tan bien, y después la entenderéis mejor, porque de aquí allá os instruiré yo, y gustaréis y os aprovecharéis mucho de ella.

Quiero concluir con un ejemplo nuestro, que tenemos en la vida de nuestro Padre san Ignacio[139], en que resplandece también mucho esto mismo, que es en la ida del Padre san Francisco Javier a las Indias orientales. Cosa es digna de consideración los medios por donde vino a ir este santo varón a las Indias. Nombró nuestro Padre san Ignacio para esta misión a los PP. Simón Rodríguez y Nicolás de Bobadilla; el P. Simón estaba entonces cuartanario, y con todo eso se embarcó luego para Portugal; escribióse al P. Bobadilla que viniese de Calabria a Roma: vino, más tan debilitado de la pobreza y trabajos del camino, y tan enfermo y

139 Lib. II, c. 16

maltratado de una pierna, cuando llegó a Roma, que estando al mismo tiempo el embajador D. Pedro Mascareñas a punto para volverse a Portugal, fue necesario, por no poder aguardar que sanase Bobadilla, ni quererse partir sin el otro Padre que había de ir a la India, que en lugar del M. Bobadilla fuese sustituido el P. M. Francisco Javier con felicísima suerte, el cual se partió luego con el embajador a Portugal. Que no había sido el nombrado el Padre san Francisco Javier, sino el P. Bobadilla, y por ser de prisa la partida, parece que acaso le sustituyeron en su lugar, y no fue acaso, sino por alto consejo de Dios, que había determinado de hacerle apóstol de aquellas partes. Y más, después que vinieron a Portugal, viendo el grande fruto que hacían allí los quisieron de tener; y últimamente se resolvieron en que se quedase allí el uno de ellos, y que el otro pasase a las Indias. Veis aquí vuelto a poner el negocio en contingencia; pero acerca de Dios no hay contingencia, al fin hubo de ser el Padre san Francisco Javier el que pasó a las Indias, porque esa era la voluntad de Dios, y así lo había él determinado por convenir así para el bien de aquellas almas y mayor gloria suya. Tracen los hombres lo que quisieren y llévenlo por la vía que mandaren, que eso tomará Dios por medio para cumplir sus trazas y hacer lo que más os conviene a Vos y a su mayor gloria.

Con estos y otros semejantes ejemplos, así de la sagrada Escritura, como de lo que cada día vemos y experimentamos, así en otros, como en nosotros mis-

mos, habemos de ir asentando e imprimiendo en nuestro corazón esta confianza mediante la oración y consideración. Y no habemos de parar en este ejercicio hasta que sintamos en nuestro corazón una muy familiar y filial confianza en Dios; y tened por cierto que mientras con mayor confianza os arrojaréis en Dios, más seguro estaréis. Y por el contrario, hasta que lleguéis a tener esta confianza filial, nunca tendréis verdadera paz y reposo de corazón; porque sin ella todas las cosas os turbarán y desmayarán. Pues acabemos de arrojarnos y ponernos del todo en las manos de Dios, y fiarnos de él, como os lo aconseja el apóstol san Pedro: «Echando sobre él toda vuestra solicitud; porque él tiene cuidado de vosotros[140]». Y el Profeta: «Arroja sobre el Señor tu cuidado, y él te sustentará [141]». Vos, Señor, me amasteis tanto a mí, que os entregastes todo por mí en manos de crueles sayones para que hiciesen en Vos lo que quisiesen: Entregó a Jesús a la voluntad de ellos[142]». ¡Qué mucho que Yo me ponga y entregue todo en manos no crueles, sino tan piadosas como las vuestras, para que hagáis de mí la que quisiereis, que estoy cierto que no será sino lo mejor, y lo que más me conviene a mí! Aceptemos aquel partido y concierto que hizo Cristo nuestro Señor con santa Catalina de Sena. Hacía el Señor muchos regalos y favores a esta Santa, y entre ellos fue uno muy

---

140 I Petr. V, 7.

141 Psalm. LIV, 23.

142 Luc. XXXIII, 25.

particular, que apareciéndole un día, le dijo: «Hija, olvídate tú de tí, por acordarte de mí, y yo pensaré siempre en ti, y tendré cuidado de tí». iOh qué buen concierto este y qué buen trueque! ¡Qué ganancia tan grande sería esta para nuestras almas! Pues a este partido sale el Señor con cada uno. Olvidaos de vos y dejad vuestras trazas; y cuanto más os olvidareis de vos por acordaros y fiaros de Dios, tanto más cuida Dios de vos. Pues ¿quién no aceptará este partido tan aventajado y tan regalado? que es el que la Esposa dice que había hecho con su Esposo: «Yo a mi amado, y la vuelta de él hacía mí [143]».

CAPÍTULO XII.

De cuánto provecho y perfección sea aplicar la oración a este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y como habemos de ir descendiendo a cosas particulares, y hasta llegar al tercer grado de conformidad.

Juan Rusbroquio, varón doctísimo y muy espiritual refiere[144], de una santa virgen, que dando ella cuenta de su oración a su confesor y padre espiritual, que debía ser gran siervo de Dios y de mucha oración, y

143 Cant. VII, 20.

144 In fine oper. suor.

queriendo ser enseñado de él, le dijo: que su ejercicio en la oración era en la vida y pasión de Cristo nuestro Redentor, y que lo que sacaba de allí era conocimiento de sí y de sus vicios y pasiones, y dolor y compasión de los dolores y trabajos de Cristo. Díjole el confesor que bueno era aquello; pero que sin mucha virtud podía uno sacar compasión y ternura de la pasión de Cristo, como acá por sólo el amor y afecto natural que uno tiene a su amigo puede sacar compasión de sus trabajos. Preguntóle la virgen: ¿y llorar una persona sus pecados cada día, será verdadera devoción? Respondióle: bueno es eso, pero no es lo más aventajado, porque lo malo naturalmente da pesadumbre. Tornó ella a preguntar: ¿sería verdadera devoción pensar en las penas del infierno y en la gloria de los bienaventurados? Respondió: tampoco es eso lo más subido; porque la naturaleza misma naturalmente aborrece y rehusa lo que le da pena, y ama y busca lo que le puede ser de contento y gloria; como si le pintasen una ciudad llena de placeres y contentos, la desearía. La Santa Virgen fuese con esto muy desconsolada y llorosa por no saber a qué aplicaría su ejercicio de oración que más agradase a Dios; y de allí a poco aparecióle un niño muy hermoso, al cual diciéndole ella su desconsuelo y que nadie parecía que la podía consolar, respondió el niño, que no dijese aquello, que él podía y quería consolarla. Ve, dice, a tu padre espiritual y dile que la verdadera devoción consiste en la abnegación y menosprecio propio y resignación ente-

ra en las manos de Dios, así en lo adverso como en lo próspero, uniéndose firmemente con Dios por amor, y conformado enteramente su voluntad con la voluntad de Dios en todas las cosas. Ella muy alegre, fue, y dijo esto a su padre espiritual, el cual respondió: Ahí está el punto, y a eso se ha de aplicar la oración; porque en eso consiste la verdadera caridad y amor de Dios, y consiguientemente nuestro aprovechamiento y perfección. De otra Santa se dice, que fue enseñada de Dios que en la oración del Paternoster insistiese mucho en aquella palabra: Hágase, Señor, tu voluntad así en la tierra como se hace en el cielo. Y de la santa Virgen Gertrudis se cuenta, que inspirada de Dios dijo una vez trescientas sesenta y cinco veces aquellas palabras de Cristo: No se haga, Señor, mi voluntad sino la tuya; y entendió que había agradado aquello mucho a Dios. Pues imitemos nosotros estos ejemplos, y apliquemos a esto nuestra oración e insistamos mucho en este ejercicio.

Para que podamos hacer esto mejor y con más provecho, es menester advertir y presuponer dos cosas: la primera, que la necesidad de este ejercicio es principalmente para el tiempo de las adversidades y para cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias a nuestra carne; porque para esas ocasiones es más menester la virtud, y entonces se echa más de ver el amor que cada uno tiene a Dios. Así como en el tiempo de paz muestra el rey lo que quiere a sus soldados en las mercedes que les hace y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman, peleando

y muriendo por él; así en el tiempo de consuelo y favor el Rey del cielo nos da a entender lo que nos quiere, y nosotros en el de la tribulación lo que le queremos, mucho más que en el de la prosperidad y consuelo. Dice muy bien el Padre maestro Ávila, que el dar gracias a Dios en el tiempo de las consolaciones es de todos; pero el dárselas en el tiempo de las tribulaciones y adversidades es propio de los buenos y perfectos[145]. Y así es esa una música muy dulce y suave a los oídos de Dios. Más vale, dice, en las adversidades un gracias a Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias y bendiciones en prosperidades. Y así compara la Escritura divina los justos al carbunco: Gemmula carbunculi ir a ornamento auri[146], porque esta piedra preciosa da más claridad y resplandor de noche que de día. Así el justo y verdadero siervo de Dios más luce y resplandece, y más muestras da de sí en las tribulaciones y trabajos, que en la prosperidad. Esto es de lo que la sagrada Escritura alaba tanto al santo Tobías[147], porque habiendo el Señor permitido que después de otros muchos trabajos perdiese también la vista de los ojos, no se entristeció por eso contra Dios, ni perdió un punto de la fidelidad y obediencia que, antes tenía; sino permaneció inmoble y entero, haciendo gracias a Dios todos los días de su vida, igualmente por la ceguedad, como por la vista, como hizo también el santo Job en sus trabajos[148].

---

145 Cart. tom. II, p. 20.
146 Eccli. XXXII, 7.
147 Tob. II, 14.
148 Job, I, 21.

Esto, dice san Agustín[149], es lo que habemos de procurar imitar nosotros. «Que seáis el mismo, y permanezcáis tan alegre y entero en el tiempo de las adversidades, como en el de las prosperidades. Como la mano se es la misma cuando está apretada y tenéis cerrado el puño, que cuando la abrís y tenéis extendida»; así el siervo de Dios en lo interior de su alma se ha de quedar el mismo, aunque en lo exterior y por defuera parezca que está apretado y dolorido. Aun allá se dice de Sócrates [150], que siempre estaba en un ser en todos los casos que le acontecían, por adversos y diversos que fuesen; y que nunca nadie le vio por eso ni más triste, ni más alegre. «Nadie vio jamás a Sócrates ni más triste ni más alegre, habiendo sido siempre igual a sí mismo, a pesar de haber sido tan varia su fortuna». No será mucho que nosotros cristianos procuremos llegar en esto a lo que llegó un gentil.

Lo segundo, es menester advertir que no basta que tengamos en general esta conformidad con la voluntad de Dios. Porque eso así en general es fácil. ¿Quién habrá que no diga que quiere se cumpla la voluntad de Dios en todas las cosas? malos y buenos todos dicen cada día en la oración del Pater noster, hágase, Señor, vuestra voluntad así en la tierra como se hace en el cielo. Más es menester que eso: es menester desmenuzarlo descendiendo en particular a aquellas cosas que parece que nos podrían dar alguna pena si

149 Ad fratres in erem. serm. IV.
150 Cic. I. XIII Tuscul. quæst.

se nos ofreciesen. Y no habemos de parar hasta vencer y allanar todas esas dificultades, que no quede, como dicen, lanza enhiesta; finalmente ¡hasta que no haya cosa que se nos ponga delante para unirnos y conformarnos en todo con la voluntad de Dios, sino que hagamos rostro a cualquiera cosa que se nos pueda ofrecer.

Y aun no nos habemos de contentar con eso, sino procurar pasar adelante, y no parar hasta que hallemos un entrañable gusto y regocijo en que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, aunque sea con trabajos, dolores y menosprecios, que es el tercer grado de conformidad. Porque también en esto hay diversos grados, uno más alto y más perfecto que otro; los cuales se pueden reducir a tres principales, al modo que dicen los Santos de la virtud de la paciencia. El primero es, cuando las cosas de pena que suceden, el hombre no las desea ni las ama, antes las huye, pero quiere sufrirlas antes que hacer cosa alguna de pecado por huirlas. Este es el grado más ínfimo y de precepto. De manera, que aunque un hombre sienta pena, dolor y tristeza con los males que suceden, y aunque gima cuando está enfermo, y dé gritos con la vehemencia de los dolores, y aunque llore por la muerte de los parientes, puede con todo eso tener esta conformidad con la voluntad de Dios. El segundo grado es, cuando el hombre, aunque no desee los males que le suceden, ni los elija; pero después de venidos los acepta y sufre de buena gana, por ser aquella la voluntad y

beneplácito de Dios. De manera que añade este grado al primero, tener alguna buena voluntad y algún amor a la pena por Dios; y el quererla sufrir no solamente mientras está obligado de precepto a sufrirla, sino también mientras el sufrirla fuere más agradable a Dios. El primer grado lleva las cosas con paciencia, este segundo añade el llevarlas con prontitud y facilidad. El tercero es, cuando el siervo de Dios, por el grande amor que tiene al Señor, no solamente sufre y acepta de buena gana las penas y trabajos que le envía, sino los desea y se alegra mucho con ellos, por ser aquella la voluntad de Dios, como dice san Lucas de los Apóstoles: Después de haberlos azotado con infamia pública, iban muy gozosos y regocijados, porque habían sido dignos de padecer afrentas por Cristo[151]». Y el apóstol san Pablo decía, que estaba lleno de consuelo, y que rebosaba en gozo y alegría en medio de las cadenas, tribulaciones y adversidades[152]». Y esto es de lo que él mismo escribiendo a los hebreos, los alaba, diciendo: «Llevásteis con gozo que os robasen vuestras haciendas, conociendo que tenéis patrimonio más excelente y durable[153]». Pues aquí habemos de procurar llegar nosotros con la gracia del Señor, que llevemos con gozo y alegría todas las tribulaciones y adversidades que nos vinieren. Como nos lo dice también el apóstol Santiago en su Canónica[154]: «Te-

---

151 Act. v, 41.
152 I Cor. VII, 4.
153 Hebr. X, 34.
154 Cap. 1, 2.

ned por sumo gozo, cuando fuéreis envueltos en diversas tribulaciones». Hanos de ser cosa tan preciada y tan dulce la voluntad y contentamiento de Dios, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere. Todos los trabajos y sinsabores del mundo se nos han de hacer dulces y sabrosos, por ser esta la voluntad y contento de Dios. Y esto es lo que dice san Gregorio en el lib. VII de sus Moral., c. 7: «Si el espíritu camina hacia Dios con todo conato, mira como dulces todas las amarguras de esta vida, como descanso las aflicciones, y para alcanzar la plenitud de la vida no se espanta, aunque haya de hacer frente hasta a la misma muerte».

Santa Catalina de Sena en un diálogo que escribió de la consumada perfección del cristiano, dice, que entre otras cosas que su dulcísimo esposo Cristo nuestro Señor le había enseñado fue, que hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y se encerrase y morase perpetuamente en él, y no sacase de él jamás ni ojo, ni pie, ni mano; sino que siempre estuviese recogida en él, como la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha. Porque, aunque al principio por ventura le parecería aquel aposento estrecho y angosto, después hallaría en él grandes anchuras, y sin salir de él, pasaría por las moradas eternas, y alcanzaría en poco tiempo lo que fuera de él no se puede alcanzar en mucho. Pues hagámoslo nosotros así, y sea este nuestro continuo ejercicio: «Mi amado para mí, y yo

para él[155]». En solas estas dos palabras hay ejercicio para toda la vida. Y así las habemos de traer siempre en la boca y en el corazón.

CAPÍTULO XIII.

De la indiferencia y conformidad con la, voluntad de Dios, que ha de tener el religioso, para ir y estar en cualquier parte del mundo donde la obediencia le enviare.

Para que nos podamos aprovechar mejor de este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y poner en práctica lo que habemos dicho, iremos especificando algunas cosas principales en que nos habemos de ejercitar. Después descenderémos a otras cosas generales que pertenecen a todos; ahora comenzarémos por algunas particulares que tenemos en nuestras Constituciones.

(Manifiesta el autor la indiferencia con que deben estar los individuos de la Compañía de Jesús en todas las cosas, especialmente en lo que toca a las misiones y mudar de casas, lo que nos ha parecido prudente suprimir, y pasar al cap. XIV, del cual también suprimiremos todo aquello que sea peculiar de los religiosos, porque nuestra Librería es para la generalidad de los fieles).

---

155 Cant. II, 16.

CAPÍTULO XIV.

De la diferencia y conformidad con la voluntad de Dios que hemos de tener para cualquier oficio ocupación en la que Dios quisiere ponernos.

La indiferencia y resignación que acabamos de, decir, habemos de tener también para cualquier oficio y ocupación en que la obediencia nos quisiere poner. Bien vemos cuántos y cuán diferentes son los oficios y ocupaciones que hay en la Sociedad, pues vaya cada uno discurriendo por ellos, hasta que haga igual rostro a cualquiera. Dice nuestro santo Padre en las Constituciones, y lo tenemos en las reglas: Cuanto a los oficios bajos y humildes, debe prontamente tomar aquellos en los eriales hallaré mayor repugnancia, si le fuere ordenado que los hagan. Para donde es menester más la indiferencia y resignación es para los oficios bajos y humildes, por la repugnancia que tiene a ellos nuestra naturaleza. Y así más hace uno, y más virtud y perfección muestra en ofrecerse a Dios para estos oficios, que en ofrecerse para otros más altos y honrosos; como si uno tuviese tanto deseo de servir a un señor que se ofreciese para servirle toda su vida de mozo de espuelas y de barrendero, si fuese menester, claro está que mas hace este y más muestra la voluntad que tiene de servile, que si dijese, señor, serviréos de maestro de sala o mayordomo; porque

eso más es pedir mercedes que ofrecer servicios: y tanto más sería esto de estimar cuanto mayores partes tuviese para oficios altos el que se ofrece para los bajos. Pues de la misma manera si vos os ofrecéis a Dios: Señor, serviréos en oficio de predicador o lector de teología[156], no hacéis mucho en eso, porque esos oficios altos y honrosos de suyo son apetecibles; poco mostráis en eso el deseo que tenéis de servir a Dios. Pero cuando os ofrecéis a servir en la casa de Dios todos los días de vuestra vida en oficios bajos y humildes, y repugnantes a vuestra carne y sensualidad entonces mostráis mucho más el deseo que tenéis de servir a Dios. Eso es más de agradecer y estimar; y tanto más, cuanto mayores partes tuviéreis para oficios mas altos. Esto nos había de bastar para desear los oficios bajos y humildes, e inclinarnos siempre más a ellos, especialmente que en la casa de Dios no hay oficio bajo. Aun allá dicen, que en casa del rey no le hay, porque servir al rey, en cualquier oficio que sea, se tiene en mucho; ¿cuánto más será servir a Dios, al cual servir es reinar?

San Basilio[157], para aficionarnos a los oficios bajos y humilde, trae el ejemplo de Cristo, del cual leemos en el sagrado Evangelio, que se ocupó en semejantes oficios lavando los pies a sus discípulos. Y no

156 Ú otro cualquier oficio, como juez, gobernador, etc. (Nota de los Editores).

157 In regul. fus. disput., interrogat. 7.

sólo eso, sino por mucho tiempo sirviendo a su santísima Madre y al santo José, y estando sujeto y obediente a ellos en todo lo que le mandaban: Et erat subdilus illis[158]. Desde los doce años hasta los treinta no cuenta el sagrado Evangelio otra cosa de él sino esto. Donde consideran los Santos[159] muy bien, que les serviría y ayudaría en muchos oficios bajos y humildes; especialmente siendo ellos tan pobres como eran. Pues «no se desdeñe el cristiano de hacer lo que hizo Cristo». Pues no se desdeñó el Hijo de Dios de ocuparse en estos oficios bajos por nuestro amor, no nos desdeñemos tampoco nosotros de ocuparnos en ellos por su amor, aunque sea todos los días de nuestra vida.

Pero viniendo más a nuestro propósito, una de las razones y motivos más principales que ¡nos ha de hacer que tomemos tan de buena gana cualquier oficio y ocupación en que la obediencia nos pusiere, ha de ser entender que aquella es la voluntad de Dios; porque como arriba dijimos en el capítulo IV, este ha de ser siempre nuestro consuelo y nuestro contento en todas nuestras ocupaciones, que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. Esto es lo que harta y satisface al alma: Dios quiere que yo haga esto ahora, esta es la voluntad de Dios, no hay más que desear: porque no hay cosa mejor ni más alta que la voluntad de Dios.

---

158 Luc. II, 51.

159 S.Aug. tract. LVII super Joan.

A los que andan de esta manera no se les da mas que les manden esto que aquello, ni que les pongan en oficio alto o bajo, porque todo es uno para ellos.

El bienaventurado san Jerónimo[160] cuenta un ejemplo muy bueno a este propósito: dice, que visitando él aquellos santos monjes del yermo, vio a uno al cual el superior, deseando su aprovechamiento y dar también ejemplo de obediencia a los demás mancebos, le había mandado que trajese a cuestas dos veces cada día una muy grande piedra por espacio de tres millas, que es una legua, sin haber en ello otra necesidad ni utilidad mas que el obedecer y mortificar su juicio, y había ya que usaba esto ocho años. Y como esto, dice san Jerónimo, a los que no entienden el valor de esta virtud de la obediencia, ni han llegado a la puridad y simplicidad de ella con espíritu altivo y de soberbia, les podía por ventura parecer juego de niños o acto ocioso; preguntábanle, ¿cómo llevaba aquella obediencia? y yo mismo, dice, se lo pregunté deseando saber qué movimientos pasaban allá en su alma haciendo aquello. Y respondió el monje: tan contento y gozoso quedo cuando he hecho esto, como si hubiera hecho la cosa mas alta y de mayor importancia que me pudieran mandar. Dice san Jerónimo que le movió tanto esta respuesta, que desde entonces comenzó él a vivir como monje. Eso es ser monje y vivir como verdadero religioso y aun cristiano, no reparar

160 In reg. monach., c. 12.

en lo exterior, sino en que estamos cumpliendo la voluntad y contento de Dios. Estos son los que aprovechan y crecen mucho en virtud y en perfección, porque se sustentan siempre de hacer la voluntad de Dios. Susténtanse de la flor de la harina: Et adipe frumenti satiat te[161].

Pero dirá alguno: bien veo yo que es gran perfección hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y que en cualquier ejercicio que me manden puedo estar haciendo la voluntad de Dios.

Pero quisiera yo que me ocuparan en otra cosa de más tomo y hacer en eso la voluntad de Dios. Eso es faltar en los primeros principios; porque en buen romance es querer que Dios haga vuestra voluntad, y no querer vos hacer la de Dios. No tengo yo de dar trazas a Dios ni tengo de querer que él se conforme con lo que a, mi me parece y con lo que yo querría; sino que yo tengo de seguir las trazas de Dios y conformarme con lo que él quiere de mí. Dice muy bien san Agustín[162]: «Aquel es buen siervo vuestro, Señor, que no tiene cuenta con si lo que le mandáis es conforme a su voluntad, sino con querer él lo que Vos le mandáreis». Y el santo abad Nilo dice: «No pidáis a Dios que haga lo que vos queréis, sino lo que nos enseñó Cristo que le pidiésemos, que es que se haga su voluntad en mi[163].

---

161 Psalm. CXLVII, 14.
162 Lib. X Conf., cap. 26.
163 Cap. 29 de Orat.

Nótese este punto, que es muy provechoso y general para todos los trabajos y sucesos que se nos pueden ofrecer. No habemos nosotros de escoger en qué, y cómo habernos de padecer, sino Dios. No habéis vos de escoger las tentaciones que habéis de tener, ni decir: si fuera otra tentación no se me diera nada, mas esta no la puedo llevar. Si las penas que nos vienen fuesen las que nosotros queremos, no serían penas. Si de veras deseáis agradar a Dios, habeisle de pedir que os lleve por donde él sabe y quiere, y no por donde vos queréis; y cuando el Señor os enviare lo que os es más desabrido, y lo que vos huís más de padecer y os conformáreis con ello, entonces imitaréis más a Cristo nuestro Redentor, que dijo: No se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra[164]». Eso es tener entera conformidad con la voluntad de Dios, ofrecernos del todo a él para que haga de nosotros lo que quisiere, y cuándo quisiere, y de la manera que quisiere, sin excepcion ni contradiccion, y sin reservar para nosotros cosa alguna.

Cuenta Luis Blosio[165], que la santa virgen Gertrudis, movida con piedad y misericordia, rogaba a Dios por cierta persona, la cual había oído que impacientemente se quejaba porque le enviaba Dios algunos trabajos, enfermedades o tentaciones, las cuales le parecían a ella que no le convenían. Pero el Señor respondió a la santa Virgen: Dirás a esa persona por quien ruegas,

---

164 Luc. XXII, 42.

165 Cap. 10 Monil. spir.

que porque el reino de los cielos no se puede alcanzar sin algún trabajo o molestia, que escoja ella lo que le parece ser provechoso, y cuando le viniere tenga paciencia. De las cuales palabras, y del modo con que se las dijo el Señor, entendió la santa Virgen ser muy peligroso género de impaciencia, cuando el hombre quiere escoger aquellas cosas que ha de padecer, diciendo que no convienen para su salud, ni puede llevar las que Dios le envía. Porque cada uno se ha de persuadir y confiar que lo que Dios nuestro Señor le envía, eso es lo que le conviene; y así lo ha de recibir con paciencia, conformándose en ello con la voluntad de Dios. Pues así como no habéis de escoger los trabajos ni las tentaciones que habéis de padecer, sino tomar como de mano de Dios las que él os envía, y entender que aquellas son las que más os convienen; así tampoco habéis de escoger el oficio o ministerio que habéis de hacer, sino tomar como de la mano de Dios aquel en que la obediencia os pusiere, y entender que ese es el que más os conviene.

Añaden aquí otro punto muy espiritual y dicen[166], que ha de estar uno tan resignado en la Voluntad de Dios, y tan confiado y seguro en él, que desee no saber lo que Dios querrá hacer y disponer de él. Así como acá cuando un señor se fia tanto de un mayordomo, que no sabe de su hacienda ni lo que tiene en casa, es muestra de gran confianza, como dice el santo José

166 Blos. c. 15 Monil. spir.

que la hizo de él su señor: «Bien ves que mi amo habiéndomelo todo entregado, no sabe lo que tiene en su casa[167];» así muestra uno tener grande confianza en Dios, cuando no quiere saber lo que Dios ha de hacer de él; en buenas manos estoy, eso me basta. «Mis suertes están en tus manos»[168]: con eso vivo contento y seguro; no he menester saber más.

Para los que desean puestos y oficios o ministerios más altos, pareciéndoles que en aquello harían más fruto en las almas y más servicio a Dios, digo que se engañan en pensar que ese es celo del mayor servicio de Dios y del mayor bien de las almas; no es sino celo y deseo de honra y estimación, y de su celo y de sus comodidades y por ser aquel oficio y ministerio más honroso o más conforme a su gusto e inclinación, por eso le desean.

Para esto y para otras cosas semejantes es muy buena una doctrina de nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, en el libro de sus Ejercicios, que la pone él por fundamento para las elecciones, donde pone tres grados o modos de humildad. Y el tercero y más perfecto es, ofreciéndose dos cosas de igual gloria y servicio de Dios, escoger aquella en que hubiere más desprecio y abatimiento mío, por parecer e imitar más con eso a Cristo nuestro Redentor y Señor, que quiso ser despreciado y abatido por nosotros. Y hay en esto otro grande bien, que en estas cosas hay menos de in-

---

167 Genes. XXXIX, 8. 168 Psalm. XXX, 16.

terés propio: no tiene el hombre ocasión de buscarse en ellas a sí mismo, ni tiene ese peligro de envanecerse en ellas que en las altas y honrosas. En los oficios bajos ejercítanse juntamente la humildad y la caridad, y con ellos se conserva mucho esta virtud de la humildad como con actos propios suyos; pero en los altos ejercítase la caridad con peligro de la humildad lo cual nos había de bastar no solo para no desearlos, sino para temerlos.

CAPÍTULO XV

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales.

Cada uno ha de estar muy contento con lo que Dios le ha comunicado, con el talento, con el entendimiento e ingenio, y con la habilidad y partes que Dios le ha dado, y no ha de tener pena ni tristeza por no tener tanta habilidad o talento como el otro, ni ser para tanto como él. Esta es una cosa de que todos tenemos necesidad, porque dado caso que algunos luzcan y parezca que se aventajan en algunas cosas, siempre tienen otros contrapesos que les humillan, en que tienen necesidad de esta conformidad. Y así es menester estar prevenidos, porque suele el demonio acometer a

muchos por aquí. Estaréis en los estudios, y viendo que el otro vuestro condiscípulo se aventaja en habilidad, y que arguye y responde muy bien, vendráos por ventura alguna manera de envidia, que aunque no llegue a que os pese del bien de vuestro hermano, que es propiamente el pecado de envidia; pero al fin viendo que vuestros compañeros vuelan con sus ingenios y van adelante con sus talentos, y que vos os quedáis atrás y no podéis arribar ni alzar cabeza, sentís una tristeza y melancolía, y andáis como corrido y afrentado entre los demás: y de ahí os viene un desmayo y descaecimiento, y una tentación de dejar el estudio. A algunos ha echado esta tentación de la religión, porque no estaban bien fundados en humildad; pensó el otro hacer raya y señalarse entre todos, y que fuera la fama por toda la provincia de que era el mejor estudiante del curso; y como le salió el sueño al revés, queda tan corrido y afrentado, que viendo el demonio tan buena ocasión le representa que no se podrá librar de aquella afrenta ni de aquella tristeza, si no es dejando la religión. Y no es nueva esta tentación, sino muy antigua.

En las crónicas de la Orden de santo Domingo se cuenta un ejemplo a este propósito de Alberto Magno, maestro que fue de santo Tomás de Aquino. Fue Alberto Magno cuando niño muy devoto de Nuestra Señora y rezábale cada día ciertas devociones, y por su medio e intercesión entró en la religión de santo Domingo, siendo de diez y seis años. Y dícese allí que

cuando mozo no era de mucho entendimiento, antes era rudo y de poca habilidad para el estudio, y como se veía entre muchos y muy delicados ingenios de sus condiscípulos, andaba tan corrido, que llegó la tentación a apretarle tanto y ponerle en tanto peligro, que estuvo muy a punto de dejar el hábito. Estando en este aprieto de pensamientos, fue maravillosamente socorrido con una visión. Estando una noche durmiendo, parecíale que ponía una escala al muro del monasterio para salir e irse de él: y subiendo por ella vio en lo alto cuatro venerables matronas, aunque una parecía señora de las otras. Y llegando cerca de ellas, asió de él la una, y derribóle de la escala, vedándole la salida del monasterio. Porfió querer otra vez subir, y la segunda matrona se hubo con él como la primera. Quiso tercera vez subir, y la tercera matrona le preguntó la causa por qué quería irse del monasterio. El con rostro vergonzoso respondió: voyme, señora, porque veo que otros de mi suerte aprovechan en el estudio de la filosofía, y yo trabajo en vano. La vergüenza que por esta ocasión padezco me hace que deje la religión. Díjole la matrona: aquella señora que ves allí, señalando la cuarta, es la Madre de Dios y Reina de los cielos, de quien las tres somos criadas; encomiéndate a ella, que nosotras te ayudaremos, y le suplicaremos que sea intercesora a su benditísimo Hijo para que te dé ingenio dócil, de modo que aproveches en el estudio. Oyendo esto Fr. Alberto alegróse mucho, y llevándole aquella matrona a Nuestra Señora, fue de ella